

CAZA Y LITERATURA. MIGUEL DELIBES, ESCRITOR CINEGÉTICO

SALVADOR CALVO MUÑOZ

PRÓLOGO

Cuando se me concertó para asistir, como ponente, a unas jornadas sobre Miguel Delibes, me sentí dubitativo ante dos posibilidades. Por una parte, pensé que tal vez pudiera hablar de Caza y Literatura, pero hacerlo de Miguel Delibes, no sólo como autor literario sino como escritor y cazador, sin incorporar la carga afectiva que representa para mí esa figura de nuestras letras, sería labor y empeño en los que irremediablemente acabaría dando tumbos de un lado a otro, dada mi cada vez mayor propensión al sentimentalismo, el cual creo que enturbia la claridad de las exposiciones.

Por otra parte, a qué ton, tampoco, guardarme para mí solo, y para los cuatro amigos que me rodean habitualmente, lo que sé de él, y no únicamente del novelista M.Delibes, sino del cazador, y puestos ya, y dado que él ha significado tanto para nosotros los de perro, canana y escopeta, lo uno nos llevará a lo otro, y habrá que hablar de Caza, de Caza y Literatura, es decir de la Caza en la Literatura o si prefieren de la Literatura de los cazadores.

Como el asunto –en este caso sí que es tema– se complicaba por momentos a la hora de ordenar recuerdos y conocimientos, opté por hacer un breve y escueto guión, una mínima estructura para desenmarañar el ovillo de lo que pretendo contarles, y decidí hacerlo en cuatro fases, o partes.

Al inicio de la primera y de la tercera, he incluido unas breves anécdotas sobre mi relación con M.D. por la razón susodicha: No puedo desprender de

todo este mundo de Caza y Literatura la relación cordial que ha supuesto para mí la figura del escritor y cazador que nos ocupa.

Por lo tanto, vayamos por partes, que son:

1. Cazar y escribir de caza.
2. La caza en el verso.
3. Los libros de caza.
4. M. Delibes, escritor cinegético.

1. CAZAR Y ESCRIBIR DE CAZA

Comienzo con un texto suyo:

“Cuando salí del pueblo, hace la friolera de 48 años, me topé con el Aniano, el Cosario, bajo el chopo del Elicio, frente al palomar de la tía Zenona, ya en el camino del Pozal de la Culebra”. Es el inicio de “*Viejas historias de Castilla la Vieja*”, texto que, indefectiblemente, en cada curso escolar, hemos analizado sintácticamente algún que otro compañero, o compañera, y un servidor, en nuestras tareas pedagógicas, con los alumnos de selectividad, desde hace ya muchos, demasiados años. Un ejemplo nimio de lo que ha significado M. Delibes en nuestro oficio de profesores de Lengua y Literatura Españolas.

Pues bien, imitándolo a él, hace la friolera de 38 años, cuando un servidor era un veinteañero un poco insolente, o inconsciente, y yendo por la calle de la Rúa, apenas en la puerta de la iglesia de San Sebastián, ya casi en la Plaza de Anaya, en Salamanca, me acerqué a un grupo de varios señores, entre los que creo recordar a D. César Real de la Riva, a D. Fernando Lázaro Carreter y, por supuesto, a D. Miguel Delibes Setién. (Anécdota de R. Senabre, anadiplosis). Con alguna osadía, pedí permiso para interrumpir aquella charla, me dirigí a Don Miguel, le estreché la mano y le dije: “D. Miguel, yo cazo conejos y perdices en los riberos del Tajo”. “¡Hombre! –me dijo, ¿y qué haces por aquí?”. “Ya ve –le dije, señalando a los dos eximios catedráticos– *Filosofía y Letras*”. “Pues estudia y aprende, porque tal vez algún día cuentes tus cacerías”.

Quedamos en que de vez en cuando le escribiría para contarle cómo iban las cuestiones cinegéticas por aquí abajo o por donde me llevara el futuro.

D. César, que era un santo varón, no se tomó a mal mi interrupción, pero D. Fernando Lázaro, que me daba aquel año la asignatura de Crítica Literaria, me reconoció en clase, me recriminó severamente por mi atrevimiento y me puso de chupa de dómine. Al cabo del curso me calificó con un aprobadillo raspón, y dando gracias.

Anécdotas y recuerdos académicos aparte, alguien me había regalado, no hacía mucho, "*Diario de un cazador*", que creo que es la clave de todo esto, y desde entonces, y entusiasmado por aquella lectura, yo había decidido que, ya que no podría ser Miguel Delibes ni escribir como él, trataría de imitarlo en todo lo posible. Evidentemente, no lo he conseguido ni por asomo. De todos modos, gracias a él y a la herencia genética recibida de mi padre y procreador, el médico rural salmantino que me llevaba de caza cuando era niño y adolescente, la vida ha sido eso precisamente: Cazar y leer, cazar y escribir y, al fin y al cabo, cazar y vivir.

Por una parte, con la escopeta en las manos, domingos y fiestas de guardar, desde octubre a febrero, y por otra, clases y cursos de Lengua y Literatura Españolas. Como pueden suponer, la figura del escritor y cazador, del que ahora tratamos, ha estado muy presente a lo largo de toda mi vida.; no sólo porque apareciese en los programas de la asignatura, como tantos otros autores, sino porque desde un lejano día, de hace muchos años, mantuve con él una peculiar correspondencia epistolar, que de algún modo determinó mi condición de aficionado a la escritura y sobre todo de cazador.

En realidad M. Delibes sigue estando presente, aunque desde hace un año y algunos días él ya no esté allá en Valladolid; pero, por supuesto, su recuerdo sigue apareciendo, perfectamente firme y nítido, en mi memoria.

Inexorablemente, todas estas reflexiones, citas, anotaciones y divagaciones en torno a la figura del cazador y escritor por excelencia que fue, y es, Miguel Delibes, están impregnadas, caladas y traspasadas de emotividad y personalismo, por lo cual les ruego que disculpen el excesivo subjetivismo que acompaña a esta somera exposición.

Miguel Delibes, para los que nos hemos dedicado a la lectura, como placer y además oficio, y a la enseñanza de la Literatura Española, amén de haber cazado, en ese siglo XX que ya va quedando atrás, representa no sólo al escritor cimero que ha sido, sino al confidente de nuestras cuitas cinegéticas, en cuya prosa de caza encontramos refugio, consuelo, comprensión, y justificación cuando ha venido al caso. Es menester explicar un poco eso de la justificación.

No sé por qué, o sí sé por qué pero, desde hace muchos años, los cazadores que escribimos estamos continuamente dando explicaciones, defendiendo y, precisamente, justificando como podemos una actividad como la caza.

Desde hace ya demasiados años, la caza viene perdiendo, batalla tras batalla, la contienda de la comunicación, a pesar de que, paradójicamente, aún se mantiene en el mercado un buen número de revistas dedicadas exclusivamente al hecho cinegético que, como es obvio, leen exclusivamente los cazadores. Hay, y se mantienen, un par de canales de televisión de pago, que

dedican buena parte de su programación a la caza. También creo que dos programas de radio de contenido cinegético se emiten en emisoras generalistas; pero a horas intempestivas de la madrugada, seguramente para que los escuchen algunos cazadores, si acaso.

E ignoro si se sigue emitiendo “Jara y sedal” los viernes por la tarde, el programita que fue cita televisiva obligada, durante muchos años, para los aficionados a la escopeta o a la caña.

La realidad es terca, ¿o es sarcástica? Relevantes figuras de la política, de las artes, de la cultura en general o de los deportes, callan, ocultan o silencian su afición a la caza, y sin embargo en los medios de comunicación no faltan nunca acusaciones de crueldad, violencia doméstica, que no de género, y homicidios o crímenes realizados con un arma de fuego, que suele ser una escopeta de caza precisamente. Una y mil veces, tal hecho repetido, ha convertido a este ejercicio, y a esta devoción, en una actividad socialmente incorrecta. Qué le vamos a hacer.

Pero es que además de cazar, algunos cometemos la impertinencia de escribir de caza, no sólo en esas revistas especializadas sino en diarios locales, con la consiguiente recepción de tortas y guantazos por parte de airados anti-caza. ¡Item más! A algunos la caza nos ha ocupado tanto que, permítanme una nueva personalización: por culpa de, o gracias a mi amigo el doctor Rebollo Torío, profesor de la UEX, acabamos ambos organizando una tesis doctoral en torno al léxico cinegético.

Menos mal que ha existido una figura literaria como Miguel Delibes, que fue cazador, y menos mal que en el año 43 de ese pasado siglo, a D. Eduardo Figueroa, Conde de Yebes, se le ocurrió publicar un libro sobre sus cacerías titulado “*20 años de caza mayor*”, y el prólogo se lo pidió nada menos que a Don José Ortega y Gasset.

Con frecuencia, cuando articulistas, escritores y personas o personajes del mundo social que abominan de la caza, que los hay, manifiestan su incompreensión, rechazo y aversión por esta actividad, los cazadores, que escribimos regularmente en periódicos y revistas, acudimos de continuo a los argumentos que tan preclaramente expuso el filósofo en el citado prólogo.

Supongo que no es esta la ocasión pertinente para glosar y comentar los brillantísimos razonamientos que hicieron del texto de Ortega y Gasset, amén de un texto antológico y una verdadera obra de arte, fortaleza y defensa de nuestra actividad venatoria.

Juan Gualberto “El Barbas”, viejo cazador y personaje de “*La caza de la perdiz roja*”, cada vez que Delibes le nombra a Don José Ortega, pregunta: “*Ese Don José Ortega ¿era una buena escopeta?*” y Miguel Delibes le contesta.

“No; pero era una buena pluma”. Y él añade: “¡Bab!”. Juan Gualberto “El Barbas” no necesita la defensa del filósofo, porque replica: “Déjese de monsergas, jefe. Se ve que ese Don José no sudó nunca una perdiz por una ladera”.

Hoy no tratamos concretamente del filósofo español de la Generación del 14, sino de Miguel Delibes, un caso extraordinario en la Historia de la Literatura Española. Como ya he dicho, tal vez me muevan en exceso la admiración y el efecto que le he profesado durante toda mi vida; pero, al cabo, lo que es objetivamente cierto es que no ha habido otra figura como él en nuestra historia literaria, que combinase de forma tan acertada dos conceptos como caza y literatura o si prefieren caza y narrativa, no sé si novela, para ser más precisos. Trataremos de aclararlo y esperemos que no sea en vano.

Tal vez, para perfilar mejor lo que representa Delibes en nuestra literatura como escritor, y específicamente escritor de caza, convenga hacer un ligero y apresurado viaje por lo que ha representado la caza en la Historia de la Literatura Española.

Los conceptos de lírica, épica y dramática –recuerden aquellos tres géneros clásicos– y verso, prosa y teatro, concuerdan en un alto porcentaje, pero no siempre, como ustedes bien saben. Obviamente hay lírica en la prosa y épica en el poema, y no pocas veces. No nos detenemos ahora en analizar semejante cuestión, y no porque no sea interesante evidentemente sino porque seguramente no es la ocasión ni tal vez tampoco lo sea para analizar la presencia o no de la caza, y del cazador, en las tablas de los escenarios, en los casos en que apareció, demasiado esporádicamente y más bien de soslayo. Lo del cine es ya otro cantar.

2. LA CAZA EN EL VERSO

Pongamos un ejemplo: “Aleluyas y consejos para jóvenes y viejos”: *Cargar el arma no debes / hasta que al puesto no llegues. / Y cuando a él hayas llegado / adviértesele a los de al lado / ...(!)*. O aquello otro de “*Cazador que te respeta / lleva vacía la escopeta*”... etc, etc.

Podría haber armado una antología de versos, atestados de ripios, con motivos cinegéticos, que en el Cancionero y Romancero tradicionales abundan generosamente; pero, aun existiendo poemas de indudable calidad, me temo que no es el caso de la mayor parte de esas composiciones populares, que a veces se dejan oír, y se recitan, por mentideros ocasionales.

He preferido tomar unas notas, aquí y allá, de algunos de los autores de nuestra Historia Literaria que, con sobrados méritos, figuran en los manuales de Literatura.

La caza se ha asomado siempre a la poesía, bien es cierto que a veces muy ligeramente; pero desde sus inicios los autores de poemas, los poetas, han ido dejando en el papel sus efluvios líricos que, a veces, llevaban tintes o tonos cinegéticos.

Hubiese sido un auténtico “Milagro de Nuestra Señora” berciano (de Berceo), que apareciese ya en aquella glosa emilianense, o silense, que anotó el clérigo en el margen del texto latino. Recuerden: “*Cono ayutorio de nuestro dueño dueño Christo, dueño Salvatore, qual dueño yet ena honore...*” etc.

No me he entretenido en averiguar si en algunas de esas preciosas *jar-chas mozárabes* hay alguna alusión a la caza, ni si aparece ésta en algunas de aquellas *cantigas de amor, de amigo o de escarnio* que escribieron en el antiguo romance galaico-portugués; pero he ahí que en el primer poema de nuestra literatura castellana y española, en ese maravilloso poema épico que es el Cantar de Mio Çid, leemos casi al principio:

*“Vio puertas abiertas e uços sin cañados
alcandaras vazias sin pielles e sin mantos,
e sin falçones e sin adtores mudados...”*

La caza, la cetrería, la nobilísima caza medieval. Y en otro poema leemos, y nos holgamos, de que Rodrigo Díaz, el Cid, cazara. El autor del romance de la “**Jura de Santa Gadea**” escribió:

*“Con él van cien caballeros
y todos eran hijosdalgos
los unos iban a mula
y los otros a caballo
por una ribera arriba
al Cid van acompañando
acompañándolo iban
mientras él iba cazando...”*

Antes del Romancero, en el **Poema de Fernán González**, aparecen también algunas pinceladas de caza. Leemos:

“Buena tierra de caça e buena de venados”, o aquello de “Levaba don Fernando un mudado açor / non habie en Castiella otro tal nin mejor”.

De nuevo el Romancero: en el mismo, caballeros que cazan de paso hacia una aventura. Ruy Velázquez urdió una traición en la que murieron los infantes de Lara o de Salas, pero el padre de los infantes, Gonzalo Gústioz

tuvo otro hijo, Mudarra González, y dice el romance conocido como “La venganza de Mudarra”:

*“A cazar va don Rodrigo
y aun don Rodrigo de Lara;
con la gran siesta que hace
arrimándose a un haya
maldiciendo a Mudarrillo
hijo de la renegada...”.*

¿Quién no oyó alguna vez, e incluso recitó, el **Romance de Prisionero**? Aquel que dice “que mayo era por mayo”, en efecto, y al final aquella tristeza del pobre prisionero que se lamenta:

*“Si no por una avecilla
que me cantaba al albor,
matómela un balletero
dele Dios mal galardón”.*

Mala imagen la del balletero en ese precioso romance, por cierto.

Avancemos en los siglos. Ya en la Baja Edad Media y anunciando el Renacimiento, un caballero, famosísimo por su talento y por requebrar a la vaquera de la Finojosa, escribió un libro de versos titulado “La Comedieta de Ponza”. Fue Don Íñigo López de Mendoza, el **Marqués de Santillana**, y puso en boca de una dama llamada D^a Catalina:

*“Benditos aquellos que siguen las fieras
con las gruesas redes e canes ardidos
e saben las trochas e las delanteras
e fieren del archo en tiempos devidos”.*

Pero prototipo de caballero y soldado galante, nuestro admiradísimo poeta renacentista por excelencia, nunca suficientemente alabado: Garcilaso. **Garcilaso de la Vega** que, como saben, murió espada en mano, en la Provenza, con gran enojo del Emperador Don Carlos. En su **Égloga Primera** escribió el insigne toledano:

*“Agora de cuidados enojosos
y de negocios libre, por ventura
andes a caza, el monte fatigando
en ardiente jinete, que apresura
el curso tras los ciervos temerosos
que en vano su morir van dilatando...”.*

¿Fue Don Diego Hurtado de Mendoza el autor de El Lazarillo? Así lo afirma la doctora D^a. Mercedes Agulló, paleógrafa catalana, que adjudica la autoría de la primera gran novela de nuestra lengua al dicho Don Diego Hurtado de Mendoza. Y por supuesto que no se trata ahora a darle o quitarle razón. Desde luego sí que fue autor de aquellos versos de un soneto que decían:

*“Ora en la dulce ciencia embebecido
ora en el uso de la ardiente espada
ahora esté la mano y el sentido
puesto en seguir la caza levantada...”*

La divina metáfora de la caza para los versos del más excelso lírico de la literatura mística: **San Juan de la Cruz**. Recuerden:

*“Tras un amoroso lance
y no de esperanzas falto
volé tan alto, tan alto
que le di a la caza alcance”*

Obviamente no eran venados o perdices lo que perseguía San Juan, pero está claro que sabía, y muy bien, lo que es cazar. Observamos que el frailecito carmelita emplea ya la acepción de caza que se refiere, no al hecho de cazar, sino al objetivo del mismo.

La gracia que no quiso darle el cielo para componer versos, al gran Don Miguel de Cervantes y Saavedra, sí que se la dio, para asombrarnos con su prosa, al autor y padre creador de aquel Caballero de la Triste Figura que, por cierto, era *“gran madrugador y amigo de la caza”*. ¿Cuántas veces aparecen el cazador, o la caza, en los textos de nuestros Siglos de Oro? Labor de doctorandos, sin duda. Un ejemplo entre cientos: ¿Qué hacía el Comendador de **Fuenteovejuna** en el bosque cuando vio a la bella Laurencia?

Comendador – “Pongo la ballesta en tierra...”

Frondoso (el novio de Laurencia) – Si tomo la ballesta ¡vive el cielo que no la pongo en el hombro!

*Comendador – ¡Oh, mal haya el hombre loco
que se descíñe la espada
que por no espantar medroso la caza
me la quité...”*

Dejamos adrede en los libros numerosas citas venatorias. ¿Nos asestaría alguna furibunda estocada con su afilada pluma, o con su hábil espada, el sin

par Don Francisco de Quevedo? ¿Nos miraría, acaso con altivo desprecio, el poeta de la luz y de las sombras, Don Luis de Góngora? Bien está. Daremos un salto considerable, que el tiempo apremia y el espacio mengua.

Atrás quedará el grisáceo e ilustrado siglo XVIII. ¿Mirarían a los cazadores con buenos o turbios ojos poetas de la talla de **Moratín**, **Melendez Valdés** o el mismísimo **Cadalso**? ¿Y en el ajetreado siglo del Romanticismo y el Realismo? ¿Escribirían versos de caza **Carolina Coronado**, **Gertrudis Gómez de Avellaneda** o **Rosalía de Castro**? ¿No aparecerían cazadores en los *Romances Históricos* del **Duque de Rivas** o en los del exaltado **Espronceda**? Si no aparece el cazador en sus **Rimas**, sí que lo hace en sus **Leyendas**. Magníficas estampas de caza en la becqueriana historia de “*Los ojos verdes*”:

Las cuencas del Moncayo repitieron de eco en eco el bramido de las trompas, el latir de la jauría desencadenada, y las voces de los pajes resonaron con nueva furia, y el confuso tropel de hombres, caballos y perros, se dirigió al punto que Ñiño, el montero mayor de los marqueses de Almenar, señalara como el más a propósito para cortarle el paso a la res.

No nos iremos del s. XIX sin antes recordara a un poeta cazador que, si entrañable cantor de una geografía muy próxima, fue también un fervoroso practicante de la caza. ¿Por qué apenas empleó su talento nuestro **José María Gabriel y Galán** en la composición de poemas cinegéticos? Dos, y de asunto irónico e incluso humorístico:

“*A la muerte de mi burón*” y “*Las bazañas de Coral*”. Particularmente creemos que a la alta cota lírica que llegaron algunas composiciones del poeta salmantino y cacereño, no llegaron los versos que dedicó a la caza. ¡Qué le vamos a hacer!

También a finales del dicho s. XIX, ya andaba por su Sevilla, y luego Madrid, versificando, el poeta más grande (es un decir personal) que nos dio ese siglo y buena parte del XX. Luego fue a Soria, a Baeza, Segovia, de nuevo a Madrid y acabó, ya saben, en Collioure: **D. Antonio Machado**.

Siempre hemos sentido un regocijo especial leyendo en sus poemas los pasajes aquellos en los que él se fijaba, aun muy de pasada, en los cazadores que adornaban sus paisajes castellanos del alma. Algún ejemplo:

*“Furtivos cazadores, los reclamamos
de la perdiz bajo las capas luengas
no faltarán. Palacio, buen amigo,
¿tienen ya ruisiñores las riberas?”*

También en “Campos de Castilla” leemos:

*“Soria fría, Soria pura
cabeza de Extremadura
¡Muerta ciudad de señores,
soldados y cazadores...”*

O aquel poema de “Las encinas”, en el que dice D. Antonio:

*“Ya sé, encinas
campesinas
que os pintaron, con lebreles
elegantes y corceles
los más egregios pinceles
y os cantaron los poetas
augustales,
que os asordan escopetas
de cazadores reales...”*

En aquel otro que tituló “Amanecer de otoño” y que dedicó a Julio Romero de Torres, escribió:

*...Tras los montes de violeta,
quebrado el primer albor,
a la espalda, la escopeta,
entre sus galgos agudos,
caminando, un cazador.*

Y para acabar con D. Antonio, aquella preciosidad del poema nº CXXVII (127), que tituló “Otro viaje”, y en el cual leemos:

*¡Este frío
de un amanecer en vela!...
Resonante
jadeante
marcha el tren. El campo vuela.
Enfrente de mí, un señor
sobre su manta dormido;
un fraile y un cazador
—el perro a sus pies tendido—*

¿Otros versos de caza? ¡Muchos! Por fuerza hemos de dejarlos en el sueño eterno de los poemas o en el tintero del olvido. Pero permítanme un lujo, o dos. ¿Cuánto tiempo hace que no releen el “*Platero y yo*”, pura poesía modernista en

prosa? Pues si lo hacen encontrarán de nuevo la misteriosa silueta, por el horizonte de Moguer, de los cazadores. Oigan: *“El paraje está tan solo, que parece que siempre hay alguien por él. De vuelta de los montes, los cazadores alargan el paso y se suben por los vallados para ver más lejos...”*

¿Y en la Generación del 27? ¿Y en la poesía de posguerra, arraigada o desarraigada, *Garcilaso o Espadaña*? Mucho me temo que nada en los *Nueve Novísimos*. Bueno, no podemos con tanto, pero al cabo, un botón de muestra misterioso y excelso:

CAZADOR

*“¡Alto pinar!
Cuatro palomas por el aire van
cuatro palomas
vuelan y tornan,
llevan heridas
sus cuatro sombras.
¡Bajo pinar,
cuatro palomas en la tierra están!”*

Efectivamente: **Federico García Lorca**. Sobra toda glosa y comentario.

La última muestra que citamos de la caza en la poesía es de **Jaime de Foxá**, que escribió un raro poema, un soneto, no de catorce versos sino de dieciocho, de tres cuartetos y dos tercetos, pero no vamos ahora a mediar en su ocurrencia. Leemos:

SE APAGÓ LA BERREA

*“Abí está. Como un cetro florido
—cándalo real alzado entre el ramaje—
ese magnífico ciervo que al paisaje
presta misterio y sexo en su bramido.*

*Abre angustiado la silvestre boca
y alarga el cuello hasta rozar los flancos
con su cuerna, vigía de barrancos
en desafío al cielo y a la roca.*

*Suena su voz cual la de otro planeta
en lamento de amor y rebeldía
mientras diluye el sol el nuevo día
el vaho de su resuello en plata quieta.*

*¡Oh, venado de Iberia! Viejo mito
que galopaste en ocres de Altamira
y hoy eres ilusión de buen montero.*

*Ave sin velas. Rameada lira
alzada allá en las cumbres con el grito
de un áspero donjuán aventurero.*

Punto y final a los poemas de caza o a la caza en los versos.

3. LOS LIBROS DE CAZA

Como dije al principio, hace la friolera de ventitantos, o tal vez treinta años, con ocasión de una estancia en Cáceres, para dar una conferencia en el Conventual de San Francisco, Miguel Delibes estuvo luego firmando libros en el auditorio de la c/ Clavellinas, al cual, naturalmente, acudí.

Años antes y a raíz de aquel primer encuentro en Salamanca, le escribí contándole dimes y diretes de mis venturas y desventuras, con la escopeta al hombro, por esos campos de Dios. En realidad yo le escribía dos veces al año. Una, al cabo de la Media Veda, y le decía: Tórtolas, bien; codornices, mal; o lo que fuese. Otra, al final de la temporada de caza, y algo parecido: Mal, la perdiz; bien, los conejos; liebres, regular. Me contestaba casi a vuelta de correo y nunca en las innumerables veces que me dirigí a él por carta dejó de hacerlo. Hay, entre las hojas de todos sus libros, cartas entrañables que guardo como un tesoro.

Decía que fui a verlo. “¡Hombre!, *el estudiante de Salamanca, ¿dónde andabas?*”, creo que me dijo. Salimos, tomamos café en el viejo kiosco “Colón” y luego paseamos un rato por Cánovas, mientras fumábamos unos cigarros. Él, creo recordar que liaba “caldos de gallina” y yo, “Fortuna”. “Yo, *D. Miguel, lo que quiero es escribir como usted, así que no se extrañe ni se ofenda si le imito*”, le decía yo. Sonreía. “No, hombre, no; *tú a lo tuyo, busca tu forma y tu estilo*”. Pero más que de estilos, prosas y libros, sobre todo hablamos de caza, y ya por entonces –él desde muchos años antes, por supuesto– nos lamentábamos del inexorable declinar de la caza libre y salvaje en nuestros cazaderos.

Nos despedimos: él con su sencillez natural y su bonhomía habitual y yo con un nudo en la garganta. La correspondencia continuó algunos años más; pero en una de esas cartas me comentó que de salud andaba “a trancas y barrancas”. Algún tiempo después lo operaron y llegó la lenta y pesarosa convalecencia. Dejé de escribirle por no importunarle más en contestar la abundante correspondencia que recibía.

Tal vez por entonces, empecé a escribir mis peripecias cinegéticas en "Trofeo", revista que dirigía Juan, su hijo, con el que comparto amistad desde hace ya un buen puñado de años y, lógicamente, a través de Juan, y luego, con ocasión de unos avistamientos de lince en un paraje de la Rivera de Fresneda, que comuniqué a Paco Castañares, entonces Director de Medio Ambiente, entré en contacto con Miguel, el hijo mayor, que entonces andaba por Doñana, y por ambos hermanos siempre estuve al tanto de cómo iban las cosas por Valladolid.

Decía antes que el caso de Miguel Delibes, novelista y cazador, en la Literatura Española, es excepcional. No porque no haya habido cazadores que escribieran novelas, u otro tipo de libros de caza, que los ha habido, y los hay, sino porque ¿ha llegado alguno a su altura literaria?, y por otra parte ¿qué tal con la escopeta los otros novelistas eximios de nuestra Literatura, como aquel otro Miguel de Alcalá de Henares, Don Benito Pérez Galdós, Don Pío Baroja o su amigo Camilo José Cela, por poner algún ejemplo ilustre?

Recorramos, a galope tendido y sucintamente, la historia de los libros de caza, y miremos, un instante, a sus autores, sin duda excelentes cazadores; pero, exceptuando contadísimos casos, demasiado desconocidos en el amplísimo y vasto panorama de las letras españolas.

Del primer libro de caza que un servidor tiene noticia es el de "*Paramientos, o Paramentos, de la Caza*" del rey **Sancho el Sabio de Navarra**, del siglo XII.

Otro rey, también sabio, **Alfonso X**, escribió un "*Tratado de Venar*"; pero, lamentablemente, es una de sus obras perdidas.

Ya hemos visto que no fue el primero que escribió de caza, pero sí el primero que se sintió escritor y además se fijó en ella. Me refiero a **Don Juan Manuel**, que nos dejó el *Libro de la Caza*, bien es cierto que se trata, no más que de un tratado de cetrería; pero es que además escribió, por lo visto, un "*Tratado de Montería*", perdido y no recobrado nunca. Además de la caza de caballo y venablo o ballesta y cuchillo, en aquellos años del siglo XIV, se ocuparía luego su pariente **Alfonso Onceno** en su nombrado *Libro de Montería*.

Desconocidos no, desde luego, que en estos primeros ejemplos, tanto el autor de "*El Conde Lucanor*" como el de "*El Rimado de Palacio*" bien que figuran en las antologías literarias y manuales al uso. **Don Pero López de Ayala**, grandísimo poeta y hombre de guerra y política, nos dejó "*El libro de la caza de las aves*", otro caso de cetrería, arte nobilísimo de la caza.

Desconocido sí, ¡y tanto que no nos dejó su nombre! el anónimo autor del "*Tratado de montería del siglo XV*", que así lo publicara el Duque de Almazán en el año 1936, de infausta memoria, año de muchos tiros, y no precisamente a reses o piezas de caza, por desgracia.

¿Les dice a ustedes algo el nombre de **Pero Núñez de Avendaño**? Lo nombro porque es el primer autor conocido, ilustre jurista de su tiempo, que se ocupó de las leyes relacionadas con la caza, en un libro titulado "*Aviso de cazadores y de caza*", que apareció allá por el año 1543 en Alcalá de Henares.

Notable hombre de armas, letras y otras artes, fue **Gonzalo Argote de Molina**, autor del "*Discurso sobre la poesía castellana*", muy conocido de los estudiosos de nuestra historia literaria, el cual también se ocupó, con un solo título, del arte venatoria: es su "*Discurso de montería*", de 1582.

¿Qué nos trajo el espléndido siglo del Barroco a los aficionados a los libros de caza? Les nombro a tres cazadores ilustres, asombrosos concedores del oficio cinegético, que tuvieron la acertadísima decisión de dejar en el papel sus vastísimos conocimientos venatorios: **Pedro de Pedraza Gaitán**, que escribió su "*Libro de montería*", de 1621, y que fue nuevamente publicado en 1986 por obra y gracia de D. Manuel Terrón Albarrán, caballero de vastísima erudición en cuanto a libros de caza.

Alonso Martínez Espinar, autor del "*Arte de ballestería y montería*" de 1644, que es una asombrosa enciclopedia de todo lo habido y por haber de la caza en general, de todas las especies cazables y las formas de hacerlo, y **Juan Mateos**, extremeño de nacimiento, balletero y montero principal, que lo fue, de los reyes Felipe II y Felipe IV, que redactó, no falto de gracia, su "*Origen y dignidad de la caza*", de 1634.

Del Siglo de las Luces no más que dos ejemplos y un breve comentario: La caza, hasta entonces oficio de corsarios, o reservada exclusivamente a nobles y monarcas, empieza, en el XVIII, a ser practicada por la alta y media burguesía. De modo que **D. Agustín Calvo Pinto y Velarde** escribió ese curiosísimo tratado titulado "*Silva venatoria. Modo de cazar todo género de aves y animales, su naturaleza, virtudes y noticia de los temporales*", que se publicó en 1754. Algunos años más tarde apareció "*El cazador instruido y Arte de Cazar, con escopeta y perros, a pie y a caballo*" de **Don Juan Manuel de Arellano**. Nunca los vimos, como es lógico, en los manuales de Literatura Española.

Cazadores y publicaciones aumentaron de forma definitiva en el siglo del Romanticismo y el Realismo, tanto es así que aparecieron nuevos tratados pedagógicos para la práctica de la caza y asuntos muy próximos a la misma, como es el caso de las armas. En la Historia de la Literatura que hemos leído y estudiado aparecía el cazador en las citadas leyendas becquerianas y además ¿hubo caza en la inmensidad de la novela realista? Galdós, Valera,

Clarín, (Recuerden que D. Víctor Quintanar, el Regente, iba de caza cuando Ana Ozores y D. Alvaro Messía etc). No más, un ejemplo: “Peñas arriba”. Marcelo, trasunto de **Don José M^a de Pereda**, en compañía de los montaraces montañeses Chisco y Pito Salces, protagonizan un capítulo memorable de la caza del oso en una lóbrega cueva cántabra, en aquellas agrestes estribaciones de los Picos de Europa, que se asoman a los valles del Nansa y el Saja. (Tudanca, Cossío).

El cazador no era ya únicamente el ocioso noble, dueño de inconmensurables cazaderos exclusivos o el menesteroso furtivo, que necesitaba llenar su pobre olla con la carne prohibida del venado o de la liebre. El cazador, de escopeta y perro los fines de semana y fiestas de guardar, era un “sportman”, anglicismo superfluo al que, desde luego, los cazadores no le hicieron caso alguno. De modo que encontramos, por ejemplo, el “*Tratado de caza*”, de 1845, de los señores **Hidalgo y Gutiérrez**, o el “*Manual del Cazador de Perdices con los reclamos*”, de 1874, del señor **Escalante y Moreno**, todos perfectamente desconocidos en el mundo literario.

Pero, también en el s. XIX, un autor de enorme éxito popular, autor de folletines y obras melodramáticas, y hoy, tal vez injustamente olvidado, que cazó y escribió libros de caza: me refiero a **Enrique Pérez Escrich**, famoso novelista y autor dramático en su tiempo, y hoy pasto del olvido, que nos deleitó con narraciones como “*Los cazadores. La Mancha*”.

¿Qué aficionado a la cinegética, mínimamente letrado, no ha oído, o leído, a **D. Antonio Covarsí**? ¿Qué estudiante de bachillerato, o incluso universitario, no aficionado a la caza, ha oído hablar de él? ¿Qué cazador-lector no ha disfrutado con “*Narraciones de un montero*”, que apareció en aquel año trágico de 1898? Entre un siglo y otro, **Covarsí, José Génova e Yturbe, D. Manuel Moriano**, gerifalte de antaño, que firmó sus libros como el curioso seudónimo de A+B, etc.

¿Y en el siglo XX? ¿Cazaron los Regeneracionistas? ¿Alguno de los maestros del 98? No nos imaginamos a Don Miguel de Unamuno pegando tiros por las llanuras salmantinas de la Armuña, ni a Don Pío Baroja en pos de las becasas en torno a Vera de Bidasoa. No nos entretuvimos en buscar cazadores en la fina prosa de Azorín, pero no sería raro que apareciesen, de ve en cuando, en sus paisajes castellanos. ¿Tal vez los Modernistas? ¿Rubén Darío, escopeta al hombro? Por fuerza, entre los del 14, el insigne filósofo que ya hemos nombrado, D José Ortega, sí que asistió, alguna vez, a la caza, y para nuestra felicidad nos obsequió con ese famosísimo prólogo, ya citado, que empleamos como escudo y defensa.

De Salinas a Altolaguirre, los manuales de Literatura incluyen la nómina del 27. La maravillosa poesía sobre la que ya hemos pasado de puntillas. Y luego, la Guerra, y la Postguerra. No quiero acabar este apartado sin recordar a un prosista excepcional, con el que creo que mantuvo una buena relación.

Autor bilingüe, catalán del Ampurdán, que a los cazadores nos dedicó un capítulo en un libro maravilloso titulado “**Las horas**”. Me refiero, ya saben, a **Josep Pla**, en el cual leemos párrafos reconfortantes, como por ejemplo: “*Los sociólogos dicen que la caza es un residuo ancestral de la época en que los hombres vivían en cavernas y se dedicaban directamente a la pesca y a la caza. Este residuo debe de ser realmente insoluble para haberse mantenido a pesar de la escasa cantidad de piezas que matar*”. Y dice también Pla: “*Mi idea es que en el fondo de cada cazador hay, más que un exterminador de algunos seres vivos, un auténtico apasionado por la belleza del paisaje*”.

Cuenta Pla, en el libro citado, su experiencia como cazador. Fue una sola vez de caza y disparó a un conejo que avanzaba hacia él por una vereda. El culatazo y el estruendo del tiro fueron de tal calibre y le parecieron tan disparatados que no le quedaron ganas de repetir la experiencia.

Mientras, legión de títulos sobre la caza de esto o aquello, manuales, relatos, vocabularios, novelas, poemarios, etc; enorme cantidad de libros y autores. (“*Apuntes de un cazador*” de Ivan Turgueniev, “*Cazador en el alba*” de Francisco Ayala .). Permítanme una brevísima incursión cinematográfica, aunque ahora no venga al caso: Pocos han captado el espíritu de la caza como lo hizo Akira Kurosawa en esa película absolutamente genial que es “**Dersu Uzala**”.

En la segunda mitad del XX, la literatura cinegética, o mejor dicho, la producción de libros de asunto cinegético, se ha vuelto inabarcable. Colecciones lujosas, libros de bolsillo, enciclopedias, fascículos, libros grandes, medianos y pequeños, de todo lo habido y por haber. ¿Les dicen algo nombres como Alfonso de Urquijo, León Feliú, Settier, Moreno Chacón, Diego Pequeño, Francisco León o José M^a. Castroviejo? ¿O los más jóvenes y actuales, como el escultor, pintor y escritor cordobés Mariano Aguayo, el abogado y novelista Alonso Sánchez Gascón, el periodista y tertuliano televisivo Antonio Pérez Henares y otros tantos? ¿Han leído ustedes “*Cartas a la duquesa de Aveiro*”, de un cazador aquí presente?

Los cazadores letrados sin duda conocen a estos autores pero, exceptuando el caso que ahora nos concierne de nuestro admirado Delibes, apenas figuran en tratados de historia literaria ni en antologías. Al cabo, tal vez les suenen dos títulos famosos: “*El mundo de Juan Lobón*”, de Luis Berenguer y “*El solitario*” de Jaime de Foxá, al que ya hemos citado.

4. MIGUEL DELIBES, ESCRITOR CINEGÉTICO

“Yo he dicho, a menudo, que soy un cazador que escribe”.

En el año 47 apareció *“La sombra del ciprés es alargada”*. En aquella década de posguerra habían aparecido también *“La familia de Pascual Duarte”*, en el 42, y *“Nada”*, en el 45. Cela, Carmen Laforet y Delibes: los tres exponentes máximos de la novela de los cuarenta, la del marasmo de postguerra. El Premio Nadal del año 48 puso a nuestro autor en la elite de la prosa de su tiempo. Dos años después, en el 50, un título definitivo, seguramente uno de los libros más leídos en esa segunda mitad del pasado siglo: *“El camino”*. ¿Qué puedo decir de Daniel, el Mochuelo, si yo también lo fui, lo fuimos muchos, cuando nos trasladaron del pueblo a la ciudad?

El realismo social de los cincuenta. Recuerden: Ignacio Aldecoa (No hace mucho ha muerto Josefina Aldecoa, su viuda), Carmen Martín Gaité, que fue esposa de Rafael Sánchez Ferlosio, Jesús Fernández. Santos, Alfonso Grosso, Juan García Hortelano, etc, y Miguel Delibes que publica *“Mi idolatrado hijo Sisi”* en el 53, y en el 55, *“Diario de un cazador”*, Premio Nacional de Narrativa. La caza en una novela, –¿es una novela de caza?– en el diario de un bedel de instituto que llega a los cazaderos libres pedaleando en una humilde bicicleta. Nosotros fuimos en nuestros inicios Lorenzo, Melecio o Tochano, los cazadores de esa historia entrañable. La caza de verdad es la que proclamó Delibes hace ya muchos años: un hombre libre, tras una pieza libre y salvaje en un terreno abierto. Esa es la caza auténtica. El hombre mide sus facultades en pos de la consecución del animal silvestre. Es una íntima, inefable y efímera felicidad. Nos lo explicó Ortega, como ya hemos dicho, y nos lo dedicó Delibes en el prólogo de este diario de Lorenzo, prototipo de cazador cabal, o fetén, como solía él decir de vez en cuando.

“A mis amigos cazadores que, por descontado, no son gentecilla de poco más o menos, de esa de leguis charolados y Sarasqueta repetidora, sino cazadores que, con arma, perro y bota, componen una pieza y se asoman cada domingo a las cárcavas inhóspitas de Renedo o a los mundos tesos de Aguila-rejo, a lomos de una chirriante burra o en tercerola, o en un mixto de mala muerte, con la Doly en el soporte o camuflada bajo el asiento...”

Pero, insisto: ¿Es este libro una novela al uso, con planteamiento, nudo y desenlace? Podríamos hablar y debatir largo y tendido. Tanto nos da, ahora. Los avatares de Lorenzo continuarían luego en Chile con el *“Diario de un emigrante”*, e incluso conocimos su vejez en el *“Diario de un jubilado”*.

La vida tal como era, en aquellos títulos de los años 50 y primeros 60: *“Siestas con viento Sur”*, *“La boja roja”*. En el año 62 una de sus novelas emblemáticas: *“Las ratas”*. No nos atrevemos a afirmar que “Las ratas” sea una novela cinegética, ni mucho menos, pero ¿qué eran si no, en sus menguadísimas posibilidades, El Ratero y el Nini? Aquel año de 1962 fue el de la aparición del libro que cambiaría la tendencia de la novelística española y dejaría atrás, pero tal vez no del todo, el llamado realismo social. Me refiero a *“Tiempo de silencio”* de Luis Martín Santos.

Había que cambiar la forma de contar las historias. Y a fe que Martín Santos, Juan Marsé, Juan Goytisolo y Juan Benet bien que imprimieron un nuevo giro a la prosa española. En el 65, Delibes sorprendió a lectores y estudiosos con una obra excepcional, al decir de algunos: *“Cinco horas con Mario”*. Uno de los escasos ejemplos de novela escrita en segunda persona. ¿Hará falta ponderar ahora la importancia de esa obra, llevada a la representación escénica en miles de ocasiones?

Pero es que un año antes, en medio del revuelo de la innovación literaria en la narrativa, publicó el clásico de los clásicos para los que practicamos la llamada caza chica, que es *“El libro de la caza menor”*, del año 64. La primera vez que leímos este libro nos hicimos cuenta de que todo lo que había que decir sobre la caza ya lo había dicho él, y de que lo que haríamos en el futuro sería repetir, de una u otra forma, más o menos acertadamente, sus palabras. Miguel Delibes nos zarandeaba el sentimiento y nos ponía la emoción en la mismísima punta de la lengua, o de la pluma, o de la escopeta. Por ejemplo:

“Cuando usted está harto de la enojosa actualidad, toma usted la escopeta, silba usted a su can, sale usted al monte y, sin más, se da usted el gusto durante unas horas de ser paleolítico”.

O aquello de:

“El hombre, en el monte, olvida sus habituales comodidades, el tedio de la vida social, la hipocresía de las fórmulas corteses; en el campo, las preocupaciones se achican y los prejuicios se desvanecen”.

La caza menor. Cinco capítulos: codorniz, perdiz, conejo, liebre y otras especies (tórtola, paloma, pato, águila, zorra, avutarda y sisón, chocha, urogallo y otros). De todo aquello, hoy nos quedan más que realidades, melancolías y nostalgias; pero también el inmenso placer de acompañar a la cuadrilla del autor a la caza de esas especies, algunas encerradas en el arcón del olvido y otras, las menos, en precario estado de salud.

No hacen falta más citas ni ejemplos. Todo lo que hemos escrito después ha sido una, más o menos, acertada o fallida emulación de lo que él nos dijo allá en aquellos ya lejanos años sesenta.

Aquel mismo año apareció esa joya de la narrativa que es *“Viejas historias de Castilla la Vieja”*, en cuya edición del 69 incluyó *“La caza de la perdiz roja”*, texto que ya hemos citado y en el que aparece el prototipo de cazador elemental de perdices al salto: Juan Gualberto “El Barbas”. Otra ocurrencia de “El Barbas”:

– *¿Sabe usted, jefe, qué me decía ella, la Celsa, allá por el año 10, a poco de casarnos?*

– *¿Qué, Barbas?*

– *No lo va usted a creer, jefe, pero de que ella, la Celsa, me veía así, con la canana a la cintura y el morral a las espaldas, se le ponía la cara blanca como la cera y me decía: “¿Otra vez? Pero ¿puede saberse qué tienen las perdices que no tenga yo?”*

– *Y bien pensado –dice- no le faltaba razón. ¿Quiere usted decirme, jefe, qué tienen las perdices que no tengan ellas?*

– *Hombre, Barbas...*

A las nuevas formas de narrativa se sumó él con la *“Parábola del naufrago”*, esa obra extraña, mezcla de ironía, sarcasmo y experimentación lingüística, en la que Delibes tal vez empezó a mostrar ya la desazón que le procuraba un mundo materializado, consumista, precipitado y hostil.

En el 70 sus reflexiones cinegéticas, sobre esto y aquello, amenizadas con un buen número de peripecias y anécdotas, nos las ofreció en una obra sencilla, de luminoso lenguaje y deliciosa para todo aficionado no sólo a la caza sino a la prosa ejemplar. Me refiero a *“Con la escopeta al hombro”*. Pero algo que intuía ya en escritos anteriores, y que venía anunciando y denunciando, aquí lo manifiesta claramente y sin cortapisas: El inexorable declive de las especies silvestres y el abuso de los nuevos métodos “técnicos” para la consecución de las piezas cazables. Lo escribe clara y directamente: *“El progreso, para la caza, es regreso”*. En el último capítulo de este libro de reflexiones, titulado “La técnica y la caza” lo dice meridianamente: *“Ya Ortega dejó sentado que la caza nos torna primitivos. Esta es su esencia. Quítese al caza este retorno a la rusticidad, a la selvaticidad, y se quedará en nada”*. No le damos más vueltas a la cuestión porque no acabaríamos nunca.

Su diario de caza, "*Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo*" apareció en el año 77, pero trata de las temporadas de caza entre el año 71 y el 74. Qué decir: un verdadero primor para los que compartimos con él los avatares de andar por ahí, a la intemperie, buscando esas pinceladitas de felicidad que decía Ortega. Y además nuevos personajes-cazadores fueron apareciendo en sus relato de las jornadas de caza, y esta vez no de ficción sino reales: Miguel hijo, Germán, Juan, Manolo Grande etc, a los cuales volveríamos a encontrar en diarios futuros.

Tardó tres años en publicar aquel diario, pero es que precisamente en el año 74 le vino encima el negro nubarrón de la pérdida de su querida Ángeles. En fin, al cabo, el reconocimiento e ingreso en la Real Academia. En el 79, una obra cuyo título nos indica perfectamente por dónde andaban el ánimo y las esperanzas: "*Un mundo que agoniza*", prologado por Ramón García Domínguez, al que ya conocemos, y que, a la postre, es el gravísimo problema que planteó en su discurso de ingreso en la Real Academia.

Por si no lo recuerdan, les voy a nombrar algunos de los capítulos del citado libro, para que vean por dónde van los tiros: El progreso contra el hombre, La Naturaleza, chivo expiatorio; Un mundo sucio; Muerte en la tierra y en el mar. En fin, ¿ha habido, si lo hay, un ecologista más cabal que el cazador Miguel Delibes, que veía en primera línea cómo iban desapareciendo las especies y el medio se deterioraba en aras de una tópica calidad de vida?

El año 81 fue definitivo; porque es el año en que parecieron dos libros fundamentales. Pensándolo bien, ¿ha dejado de serlo alguno de todos los títulos citados? Me refiero a "*Los santos inocentes*" y "*Las perdices del domingo*". Del primero, hay tela para vestir a todos los santos, y si le añadiésemos la excelente película de Mario Camus, podríamos hablar largo y tendido. Sólo una cosa, que nunca le pregunté y siempre he olvidado comentar con Miguel hijo o con Juan. ¿A qué obedeció la peculiarísima redacción del texto de esta singular novela? Si la tienen a mano o en casa, échense un vistazo y verán.

Personalmente creo que tanto texto como película son verdaderas obras de arte, en la que la caza nos muestra algún triste ejemplo de su aviesa y desconsiderada práctica.

La maravillosa y fascinante caza de las torcaces en invierno, en manos de un petimetre como el Srto. Iván, un tirador con saña preocupado no más que por el número y los fallos.

Y del ojeo de perdices, con el número de Paco el Bajo, no se me ocurre más que decir que el talento del autor asestó un varapalo descomunal a una modalidad de caza que nunca fue santo de su devoción, evidentemente.

Pero la caza, y la prosa, lucen magníficas en ese otro texto citado: *“Las perdices del domingo”*. De nuevo su diario de caza; desde el año 74 al 77, con páginas estremecedoras que aluden a aquel suceso familiar y dolorosísimo ya citado. Leo al pie de la letra:

“Una inesperada y terrible desgracia familiar me ha tenido casi dos meses apartado del campo. Durante ese tiempo es cierto que ni el campo, ni ninguna otra cosa que no fuera mi propia angustia, ha tenido sentido para mí. Y, sin embargo, hoy, primer domingo de diciembre de 1974, compruebo que mi dolor, tras una jornada de paseo, soleada y suave, se ha serenado, se ha hecho menos crispado, aunque seguramente más profundo. En problemas menores, siempre constaté las propiedades terapéuticas de la naturaleza...”

La década de los ochenta. Nuevos títulos que todos recordamos. Las cartas de aquel sexagenario voluptuoso, el tesoro, sus amigas las truchas, el señor Cayo, la vida al aire libre, el recuerdo de aquella señora de rojo, etc. Y un titulito que los cazadores paladeamos muy especialmente: *“Dos días de caza”*. Nada nuevo. El librito está formado por dos capítulos de ese libro emblemático que ya hemos citado, el *“Libro de la caza menor”*. Las impertinencias, nervios e ilusiones del primer día de caza de una nueva temporada, y los sinsabores y desazones que pasamos cuando despedimos la caza el último día del año cinegético.

Cuando los cazadores de antaño dejemos de sentir los nervios la víspera del primer día de caza de la temporada y no nos agobie la tristeza el último domingo de caza de cada año, será que ya no somos lo que hemos sido siempre y volarán en el horizonte los pájaros de mal agüero.

Los años y la desdichada enfermedad parecían ir apagando la luz de nuestro querido maestro de relatos y prosas de caza.

En el 92 apareció *“El último coto”*, que es su diario de caza desde la temporada 86-87 hasta la de los años 91-92. Si ya hemos apuntado que Delibes en títulos anteriores se lamentaba de la inexorable decadencia, y hasta desaparición, de la caza silvestre, en este *“Último coto”* no hace más que ratificar una penosa y dolorosa evidencia.

En el 97 apareció *“He dicho”*. Y se despidió. O hacía como que se despedía. En *“He dicho”* escribía de caza, de cine, de amigos, de esto y aquello, de las cosas de la vida y de una vida ya vivida. Pensábamos que D. Miguel ya no podía seguir con su tarea imaginativa y creativa. Además él mismo manifestaba su cansancio y el agotamiento de su inspiración. Decía que no podía más y que le faltaban las ganas de seguir en este continuo laberinto. Y nos lo

creíamos. Desde luego su quebrantada salud ya no le permitía salir al campo con la escopeta al hombro, pero no se olvidó nunca de su oficio de cazador, ni mucho menos.

Hace muy poco, Juan Delibes me contó que, en los últimos años, en los que ya no podía ser cazador activo, seguía muy interesado, y apasionado, por todo lo referente a la caza y hacía que él y sus otros hermanos cazadores le contaran dimes y diretes de los lances en los que participaban.

Llegó el año 98 y ¡Oh, sorpresa! Una novela magistral. Premio Nacional de Narrativa: *“El Hereje”*. Supongo que todos ustedes han disfrutado de esa novela portentosa y tal vez se hayan dado cuenta de que, de vez en cuando, una liebre escorza cerca del camino o se escucha un coreché en la lejanía y hay un pasaje magnífico de la caza del perdigón con reclamo ¡A qué ton se iba a secar su pluma!

Luego, *“Castilla como problema”* en el 2001; la correspondencia con su amigo el editor Vergés, en el 2002; un ensayo sobre la novela española de posguerra, en el 2004; y esa ejemplar, conservacionista y preocupadísima, medioambientalmente hablando, conversación con Miguel Delibes, hijo: *“La tierra herida”*, en el 2005.

Hace un año y unos días, en una madrugada desangelada del marzo del año pasado, andaba yo caminando por los alrededores de la ermita de La Montaña, cuando un familiar, Amelia, desde los estudios de la COPE, me llamó y me dio la noticia. No por no esperado dejé de sentir el golpe. Hube de sentarme un rato a que el viento frío de poniente calmara el desasosiego que me atenazaba entre pecho y garganta.

Con frecuencia, y para que no se me olvide nunca lo que ha significado Miguel Delibes, abro *“El libro de la caza menor”* y leo la dedicatoria: *“A mi joven amigo cazador Salvador Calvo, con un abrazo”*.

Termino como empecé. *“Cuando salí del pueblo, hace la friolera de 48 años, me topé con el Aniano, el Cosario, bajo el chopo del Elicio, frente al palomar de la tía Zenona, ya en el camino del Pozal de la Culebra” (Viejas historias de Castilla la Vieja).*